



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo I

Problemas del día (1)

Tal es el título de la obra que, precedida de un prólogo del conocidísimo sociólogo francés Tarde, ha publicado D. César Silió. Consta de cinco ensayos: *Después del desastre*, *La civilización y la moral*, *Contra el anarquismo*, *El gran problema* y *El regionalismo*.

En poco tiempo han brotado de Valladolid tres obras, que yo sepa, inspiradas en el último golpe que nuestra Nación ha sufrido, golpe que ha tenido la virtud de despertar nuestra conciencia refleja, provocando no pocas manifestaciones del salvador «conócete á tí mismo» nacional. Esas tres obras son: *El problema nacional*, del malogrado Macías Picavea; el prólogo de D. Santiago Alba á su traducción del *En qué consiste la superioridad de los anglo-sajones*, de Demolins, y éste del Sr. Silió de que ahora trato.

Y las tres, si bien se mira, tienen un tono y dirección comunes; la misma nota de entusiasmo y de senatez á la par, la misma exposición elocuente de los males que todos lamentamos. No importa que en ellos sea la parte negativa la mayor; es lo de Carlyle: «los viejos á tapar grietas, los jóvenes á remover escombros.» Destruir es edificar; «la serpiente—dice el mismo Carlyle—no se desprende de la piel vieja sino cuando tiene ya la nueva por debajo.» Es la nueva que nace la que á la vieja expulsa.

Sería el cuento de nunca acabar el ir siguiendo paso á paso los problemas y las cuestiones que el Sr. Silió suscita en su libro. El plantearlos tan sólo y volverlos á plantear es labor meritisima en España.

El ensayo *Después del desastre* dice ya en su título lo que es, y, por si no bastase, lleva como subtítulo este otro: *¿Un país, ó un hombre?* La pregunta es ya sugestiva de suyo. El ensayo termina con estas palabras: «Como haya un hombre, habrá país»; palabras que cabe convertir en estas otras: «Como haya país, habrá hombres.» Porque el mismo Carlyle (¡vuelta á él!: ¡es claro!, estoy traduciendo ahora su *Historia de la Revolución francesa* para publicarla en castellano), el mismo Carlyle, cuya doctrina del heroísmo y del culto á los héroes tan mal entendida se trae y lleva, hablaba en cierto pasaje de los pueblos héroes, que son los que saben conocer y distinguir á sus héroes.

El ensayo *La civilización y la moral* es de más amplio contenido, y no estrictamente circunscrito á nuestras actuales circunstancias nacionales, aunque tal vez por esto más útil. Está inspirado en las doctrinas de Tarde, sobre todo, y creo que se exagera algo en él la falta de fe de nuestro fin de siglo. Creo que ha habido pocas épocas de más fe que esta en que vivimos, de fe religiosa, que no hay que confundir con la ortodoxia, y de fe en el ideal.

(1) Aunque ya ha tratado del libro del Sr. Silió nuestro compañero Zeda, no es esto un obstáculo para la publicación del presente artículo del Sr. Unamuno.

En el ensayo *Contra el anarquismo*, debo decirlo con franqueza, echo de menos una visión más serena de lo que el anarquismo sea y de sus causas. Impetuosidad de temperamento, sin duda, y una naturalísima indignación ante los atentados de los dinamiteros, hanle llevado al Sr. Silió á confundir con frecuencia en un común anatema todo anarquismo. Es de sentir, á mi juicio, que se haya dejado guiar alguna vez de los juicios de Garofalo, pésimo juez. Bueno es reprimir el mal, pero mejor es prevenirlo, y me parece el mejor medio una serena investigación de las raíces del movimiento anarquista y de lo bueno y malo que en sí contenga, porque no hay bondad sin alguna maldicia, ni maldad sin algo de bueno. Propone el autor que se coja á los dinamiteros y se les lleve á una isla *ad hoc*, para que allí ensayen su sociedad libre de trabas legales. Pero es el caso que se están ya haciendo ensayos análogos. Lo que no cabe desconocer es que el ensayo este refleja perfectamente el estado general de la opinión pública respecto al anarquismo.

El gran problema se titula el cuarto de los cinco ensayos, y es acaso el más interesante de todos. Refiérase al problema de la población, al hecho de que sean Francia y España los dos países de Europa en que menos crece la población, por falta de natalidad en Francia y por sobra de mortalidad en España. «Francia es hoy, en Europa—dice Silió—, el país de la esterilidad voluntaria, y España es, en Europa, el país de la mortalidad indisculpable... Allí, falta de ingresos, y aquí exceso de gastos; los resultados vienen á ser iguales: utilidad escasa, casi nula, en la cuenta corriente de la vida nacional.» Y en seguida, estadística en mano, va presentándonos el autor una serie de datos que ya de por sí son elocuentes, sin los muy elocuentes comentarios que él les pone. «Francia y España, que de 1800 á 1860 aumentaban su población en 6,62 y 4,92 habitantes por 1.000, cada año, han visto reducido este aumento, ya harto mezquino, á 3,31 y 2,52, respectivamente, á partir de aquella fecha.» Inserta luego un curiosísimo gráfico en que vemos que mientras que con el actual coeficiente de aumento llegaría á tener España dentro de un siglo 25 millones de habitantes, é Inglaterra 107, más del cuádruple, con el coeficiente de aumento prusiano llegaríamos á 46 millones.

¡Hay que hacer hombres, que es la riqueza de un país! O más bien que hacerlos, hay que criarlos, porque como hacerlos se hacen en España, pero antes de cinco años se mueren la mitad. Es *el país de la muerte*, como Silió le llama. Y no poca culpa tiene nuestra concepción hospiciaria de la vida.

La última parte de este ensayo se refiere á la curiosísima cuestión del valor económico de la vida humana, del precio á que se puede evaluar económicamente el hombre como productor de riqueza, capitalizando la que crea y deduciendo lo que cuesta. Aquí menciona el autor las curiosas evaluaciones de Block, Chadwick, Roehard y otros.





El Sr. Silió calcula prudencialmente la producción media individual de cada español en 328 pesetas anuales. Y acaba diciendo que si cada una de las 151.595 vidas que podrían conservarse al año, reduciendo el coeficiente de mortalidad al de otras Naciones, representa un capital de 1.000 pesetas, «la mortalidad excesiva origina en España una pérdida de 152 millones de pesetas al año».

Este ensayo me recuerda las nobles y elevadas ideas que el gran Ruskin, que acaba de morir, vertió en los cuatro ensayos acerca de los primeros principios de la economía política, que reunió bajo el título de *Unto this last!* («Hasta eso último!»). «No hay más riqueza que la vida—decía—; la vida, incluyendo sus potencias todas de amor, de gozo y de admiración. Es el país más rico el que mantiene el mayor número de nobles y felices seres humanos.» «El hombre, el hombre es la verdadera riqueza!»

Quisiera detenerme en el quinto de los ensayos que forman el libro del Sr. Silió, el dedicado al regionalismo; pero es de tanta oportunidad y hay tanto que decir acerca de él, que no queriendo rebasar los límites prudenciales de un artículo crítico de diario, debo dejarlo para otro. Porque es mucho lo que el ensayo del Sr. Silió me sugiere. Y otra vez he de decir que este ensayo decía muy bien y con elocuencia la opinión media en España, entre las gentes que de él se cuidan, acerca del regionalismo, fuera, sobre todo, de los países en que éste más florece.

Es acaso el mayor mérito de la obra del Sr. Silió, en que se ve á un perfecto periodista, el de expresar con elocuencia, entusiasmo y calor el estado medio de conciencia de todos aquellos que, después del desastre, han vuelto los ojos á la Patria y quieren practicar el «conócete á tí mismo» colectivo. Reálzalo el Sr. Silió con una vasta cultura moderna, y lo ilustra con oportunas referencias y datos interesantes. Su obra, que es un verdadero examen de conciencia nacional, es síntoma de un estado de espíritu público de que debe esperarse cosa de provecho.

MIGUEL DE UNAMUNO.

